

CLAUDIA RAMÍREZ LOMELÍ

El Príncipe
del Sol

DESTINO



CLAUDIA RAMÍREZ LOMELÍ

El Príncipe del Sol

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta S. A.

© Claudia Ramírez Lomelí, 2018

Diseño e ilustración de portada: David Espinosa Álvarez

Ilustraciones de interiores: Mac Monroy (Drunkenfist)

Ilustración del mapa: Carmen Irene Gutiérrez Romero

© Editorial Planeta S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA m.r.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21484-7

Depósito legal: B. 15.367-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

EMIL

La última vez que Emil había visto a su madre, ella le había dicho que tenía que ser valiente, pues iba a llegar un día en el que, aunque el sol estuviera en el cielo, sus rayos no brindarían calor.

Eran palabras sin mucho sentido para el joven príncipe, pero no las había olvidado.

Hoy se cumplían ciento y un días desde la última vez que Emil había visto a su madre, y él sabía lo que eso significaba. Oficialmente, el Proceso daría comienzo, y después, su coronación. Toda su vida había imaginado que cuando ello ocurriera, sería perfecto; después de todo, era para lo que se había preparado desde que tenía uso de razón. Pero nunca esperó que fuera a ocurrir bajo las circunstancias actuales.

Alariel estaba perdido, sin guía.

El joven se frotó los ojos y suspiró. Llevaba un rato recostado en su cama y no quería levantarse. No era su cuerpo el que se lo impedía, sino su mente; sus pensamientos lo agobiaban cada vez más. Tal vez, si se quedaba allí, nada de esto tendría que suceder. ¿Cómo era que nadie lo veía? ¡No estaba listo! Aún le quedaban años de lecciones y entrenamiento. Tan solo tenía diecisiete y había contado con que su madre regiría durante muchos años más.

Y estaba enojado. Toda su vida había soñado con el día en el que pasaría a ser el rey de Alariel, pero no así. No sin la guía de su madre, la reina Virian. No con todo el reino lleno de incertidumbre, preguntándose dónde estaba, o si estaba viva o muerta. No con su familia cargando pesar y dolor, esperando por noticias. No con su propio corazón roto.

Estaba enojado, sí, pero más que nada se sentía desolado.

Los primeros días habían sido los peores, sentía que con su madre se había perdido también una parte de él. El tiempo había hecho que el dolor se adormeciera, pero no que desapareciera, eso no. Y era el tiempo el responsable de que el día de hoy hubiera llegado.

—Su alteza —escuchó detrás de las puertas de su recinto—, ¿de-sea que le prepare su baño? Dentro de una hora debe estar en la Sala de Helios.

Su niño interno quería gritar que no iba a ir, pero lo acalló.

—Sí, adelante.

«Cinco minutos más.» Cerró los ojos y trató de dejar su mente en blanco, sin mucho éxito. A partir de hoy las cosas iban a cambiar y, le gustara o no, tenía que enfrentarlo.

Se levantó de la cama y se quitó su largo camisón de seda para después dirigirse al cuarto de baño, pero un ruido familiar, proveniente del balcón, lo hizo detenerse. Sonrió y se dirigió hacia su gran ventanal para descorder las cortinas rojas de terciopelo y abrir las puertas que daban al exterior, a sus jardines privados, que se supone que estaban vigilados por guardias en todo momento; pero esta era una excepción. Todos conocían a Gavril y lo dejaban pasar sin cuestionarlo o anunciarlo. Así era desde que ambos eran pequeños.

—¿Gav? —preguntó Emil, asomando un poco la cabeza en busca de su amigo, pero solo vio las pequeñas piedras que descansaban en el suelo; Gavril siempre lanzaba dos para llamar su atención.

—Eh... tal vez quieras ponerte algo de ropa, Emil.

—¡Oh, por Helios! ¿Está desnudo?

Esa voz hizo que el príncipe retrocediera de un salto y se enrollara en una de las cortinas. Llevaba el camisón arrugado en su mano, apenas cubriendo un poco sus partes.

Gavril y Emil se habían bañado juntos desde que eran tan solo unos pequeños infantes y habían crecido entrenando mano a mano. El mejor amigo del príncipe lo había visto incontables veces sin prenda alguna, y ninguno de los dos le daba importancia al asunto. Pero esa voz era la de... ¿Gianna?

Emil se aseguró de estar bien enrollado entre las rojas cortinas. Gianna definitivamente no lo había visto desnudo, pero no se dio mucho tiempo para avergonzarse, pues una duda rondaba en su cabeza: ¿qué hacía ahí? Es decir, sabía que Gianna y las demás viajarían a la capital para la ceremonia del Proceso, pero pensó que llegarían directo a la Sala de Helios. No se había preparado mentalmente para verlas. Esa era otra de las razones por las que estaba enojado con toda esta situación. Nunca antes había tenido que prepararse mentalmente para verlas. Ellas eran sus mejores amigas, ellas no...

—No está desnudo, ya está envuelto en los colores de la nación, listo para hoy —se escuchó una cantarina voz familiar, la de Elyon.

Fue a la primera que vio.

Elyon, con su habitual sonrisa y su cabello del color de las cenizas, tan liso que era imposible de controlar. La siguió Gianna, cruzada de brazos y desviando la mirada, y justo detrás venía Mila.

Si hubiera tenido algo de ropa encima habría corrido a abrazarlas; hacía varios meses que no las veía y las había extrañado muchísimo. Llevaba toda la semana preguntándose si las cosas podrían seguir como siempre después del Proceso, y aunque sabía que la respuesta era negativa, la esperanza seguía ahí.

—¿Qué hacen aquí? —fue lo único que atinó a preguntar.

—Pues ¿qué más? Teníamos que verte antes de la ceremonia —respondió Elyon como si fuera lo más obvio del mundo.

—Pensamos que sería mejor vernos antes de estar frente a todos los adultos, para hacer la situación menos... —Mila parecía estar buscando la palabra correcta para terminar su frase. Sus enormes ojos azules sonreían más que el resto de su rostro.

—Incómoda —añadió Gavril.

Ante ese comentario, Gianna le propinó un fuerte codazo en el brazo a su hermano, aunque este ni se inmutó.

—Chicas, lo siento mucho; yo jamás esperé que esto fuera a pa-

sar —se disculpó el joven príncipe, consciente de que el comentario de Gavril no había sido del todo desatinado.

—Oye, nada de esto es culpa tuya. Lo sabes, ¿cierto? —dijo Mila, apoyando su mano en el hombro de Emil.

Lo sabía. No era culpa suya y tampoco podía culpar a nadie. No era como si su madre hubiera desaparecido a propósito. Ella era la persona más valiente, fuerte y dedicada que conocía, no se habría fugado así como así. Sin decir nada. Sin dejar rastro.

Sin despedirse.

—En esto todos estamos de acuerdo pero... Emil, ¿podrías vestirtirte? —preguntó Gianna; al parecer la idea de que el príncipe estuviera desnudo bajo la cortina la abrumaba. Incluso parecía estar sonrojada, aunque su piel morena lo disimulaba.

—Espera, mejor quédate así —intervino Elyon, que al poco tiempo se dio cuenta de que su comentario podía malinterpretarse. Tosió disimuladamente—. Es decir, sí, Emil, tienes que vestirte. Pero ahora tenemos el tiempo contado, nuestros padres seguro ya habrán mandado a los guardias a buscarnos.

Emil rio.

—Ya me parecía extraño que estuvieran aquí, debí suponer que vinieron a escondidas.

—¡Exacto! Y mi mamá me va a matar si no estoy en la Sala de Helios pronto —chilló Gianna, abrazándose a sí misma mientras aprovechaba para mirar hacia todos lados—. Elyon, dile ya.

—Bien. Seguramente, el día de hoy tendremos los ojos de todo el castillo encima, así que nos escabullimos para decirte dos cosas. —Elyon puso ambas manos en sus caderas e hizo una pausa, esperando que Emil diera señales de que su atención estaba en ella.

Emil asintió.

—Primero, queremos que sepas que todo va a estar bien —dijo Elyon, regalándole esa sonrisa tan grande y característica de ella.

Y Emil la miró a los ojos. Y luego miró a Gianna y a Mila. Las tres sonreían y lo veían con una sinceridad tan aplastante, que él se quedó un instante sin habla. ¿Cómo sabían ellas que eso era lo que tenía que escuchar en este momento? La respuesta a esa pregunta le llegó rápido: ellas lo sabían porque lo conocían a él y a su corazón.

«Gracias —quería decirles—. Gracias, de verdad.»

—Y... ¿lo segundo?

Las tres chicas se miraron, y luego Gianna le dio un empujón a Gavril.

—Claro, debí saber que iba a ser yo el que iba a terminar diciéndotelo —se quejó el chico, negando con la cabeza.

—¿Decirme qué?

Gavril tardó casi diez segundos en contestar.

—Ezra está aquí.



El príncipe Emil acababa de cumplir diecisiete años hacía apenas seis meses, y todos a su alrededor le decían continuamente que pronto sería un hombre.

Claro que, en su caso, *ser un hombre* significaba convertirse en el rey de Alariel.

Y a pesar de que lo que más quería Emil en esos momentos era ver a Ezra, sabía que eso tendría que esperar. Estaba seguro de que no se lo iban a permitir; por lo menos no ahora, porque, según todos, tenía asuntos más importantes que atender.

Emil se preguntaba qué podía ser más importante que ver a Ezra. Su llegada podría cambiar el rumbo de todas las cosas. Ezra podría tener respuestas. Explicaciones. Y tenía la seguridad de que, cuando al fin lo escucharan, todos se iban a retractar de haberlo acusado sin fundamento.

—Emil, ¿está todo bien?

La voz de su padre, el rey Arthas, lo sacó de sus pensamientos. En este momento caminaban por el largo corredor central del castillo, dirigiéndose a la Sala de Helios. Hoy el rey de Alariel lucía su traje para reuniones formales, de un color rojo oscuro, con detalles dorados en las mangas y en el cuello, y unas hombreras a juego. No podía faltar el anillo con el sello de la familia Solerian en su dedo anular, además de una banda dorada que cruzaba de su hombro derecho a su cadera izquierda y que solamente utilizaba en eventos ceremoniales. Emil también llevaba una. De hecho, hoy su atuendo era sumamente parecido al de su padre, solo que el suyo no tenía hombreras.

Jugueteó con su propio anillo, mirando su símbolo. Era un medio sol atravesado por la inicial del apellido real, y la banda estaba adornada con laureles.

No quería agobiar a su padre en ese día tan importante, pero tampoco podía quedarse callado.

—Sigo pensando que esto debe posponerse; además, Ezra ya está aquí y...

—Y ya está siendo interrogado. Tú no tienes nada de qué preocuparte —dijo Arthas, interrumpiéndolo.

—¡No pueden tratarlo como a un criminal! —exclamó Emil, tratando de no armar un escándalo—. Es mi hermano.

Arthas simplemente suspiró, pero siguió caminando, lo que ocasionó que el joven quisiera correr y plantársele enfrente para detenerlo, aunque optó por no hacerlo y siguió tras él. Sabía que su padre realmente no tenía mucho control sobre la situación de Ezra.

—Tienes que concentrarte en los asuntos del reino, hijo. El día de hoy lo más importante es presentarte oficialmente ante las candidatas.

Candidatas.

Si su padre había querido desviar su atención del asunto de Ezra, lo había logrado. La sola palabra hacía que Emil quisiera retorcerse. Agradecía al mismísimo Helios que las tres lo hubieran visitado antes de la inevitable reunión, pues, de no haberlas visto, estaba seguro de que no podría ni siquiera darles la cara cuando entrara a la sala.

—Preferiría que no las llamaras así —dijo, sin más.

Estaba actuando como un niño berrinchudo; pareciera que todo le molestaba. Y sí, todo lo que había sucedido y estaba por suceder lo tenía muy alterado.

—Sé que las circunstancias no son las ideales, pero... —Arthas se detuvo y se dio la vuelta para ver a su hijo a los ojos—. El reino necesita un guía. Necesita a su legítimo rey.

Y eso Emil lo tenía claro. Hacía algunas semanas habían comenzado a requerir su presencia en las juntas del Consejo, cosa que nunca antes había ocurrido, pues lo consideraban demasiado joven para enterarse de los asuntos más serios de la nación. Pero ahora que su reina madre estaba desaparecida, era su deber

empezar a empaparse de los problemas, las revueltas de los rebeldes, los tratados y cualquier asunto con el que Alariel tuviera que ver.

Durante esos meses, el rey Arthas se había involucrado más en los temas de la nación, pero, dado que él era el consorte de la reina, realmente no tenía derecho al trono cuando había un heredero legítimo. El problema era que, para que la coronación pudiera ser oficial, el heredero debía estar casado.

¿Y si se lo preguntaban a Emil? Era la regla más estúpida que los Grandes Ancestros habían puesto en papel.

—No quiero casarme.

—Ya hemos hablado de esto.

—Pero... ¿y si ellas tampoco quieren casarse? No las podemos obligar —dijo, tratando de contener el volumen de su voz—. Yo como futuro rey puedo asumir mi responsabilidad, pero ellas no tendrían que estar metidas en esto.

Su padre suspiró.

—Le hemos dado vueltas al asunto muchas veces, Emil. Deberías agradecer que tus amigas son posibles candidatas. Si yo no las hubiera sugerido, estoy seguro de que tu tío hubiera arreglado tu matrimonio sin darte la posibilidad de elegir.

La principal razón por la que las tres calificaban como candidatas era porque tenían poderes de sol. El dinero y el renombre de la familia no eran lo principal, sino que fueran solaris. La familia Lloyd, la de Gianna y Gavril, sí era de las más ricas e influyentes de todo el reino, pero los casos de sus otras dos amigas era distinto. Elyon vivía bien acomodada, pues su padre era el mercader encargado de llevar los recursos de todo Alariel al puerto para su exportación, como madera, metales, textiles y otros. En cambio, Mila venía de una familia humilde, pero como era la guerrera solaris más prometedora de la Academia, era bastante conocida por todos.

—¿Y qué hay de la elección de ellas? —preguntó, ofuscado.

Arthas miró a su hijo con algo de resignación y se volteó para continuar caminando hacia la Sala de Helios.

—Nadie las obligó a venir, hijo —dijo, sin mirarlo—. Se les dio una semana para pensarlo y a cada familia se le notificó que podían aceptar o rechazar la candidatura.

Emil bajó la cabeza y decidió ya no decir más. No tenía sentido que siguiera peleando por lo mismo. Eso de que se les había dado la opción de aceptar o rechazar la candidatura era mero protocolo. Nadie en su sano juicio declinaría una invitación de la Corona. Mucho menos una de tal importancia.

De pronto sintió una mano que se posaba sobre su hombro; alzó la cabeza y se topó de lleno con los ojos comprensivos del rey Arthas; eran de color miel, igual a los suyos. Y fue como si se hubiera vuelto pequeño otra vez, vulnerable e inseguro. Sin pensarlo dos veces, se lanzó a abrazar a su padre, quien no dudó en envolver a su hijo entre sus brazos.

—Y pensar que fuiste tú quien nos dijo a Virian y a mí que ya estabas muy grande para estas... ¿cómo las llamaste? —rio su padre—. Ah, muestras de cariño.

—Por algo lo dijo, Arthas. ¿Cómo crees que este tipo de escenas ridículas hacen ver al futuro rey de la nación?

Al escuchar esa voz, Emil se separó de su padre como si sus brazos quemaran. Su tío Zelos, el hermano menor de su madre, caminaba hacia ellos, mirándolos con severidad. Él era quien había asumido la responsabilidad total de Alariel cuando la reina desapareció.

—Oh, por favor, Zelos, dale un respiro —suspiró Arthas—. Tomando en cuenta las circunstancias, creo que Emil se ha comportado a la altura. Y podrá ser el futuro rey, pero es mi hijo, y si me necesita, yo voy a estar ahí para él.

La expresión de Zelos no cambió en lo absoluto.

—Alariel necesita un rey que no muestre debilidad en estos tiempos de incertidumbre, no un niño.

Emil guardó silencio a pesar de que las palabras de su tío le habían escocido.

Zelos ni siquiera lo miró; simplemente giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia la Sala de Helios. El príncipe tuvo que cerrar los ojos para calmarse. No iba a permitirse aparecer descompuesto durante el comienzo del Proceso.

—Vamos, Emil —dijo su padre con suavidad, mirándolo—. No será bien visto si llegas tarde.



Por más que Emil trataba de concentrarse, el evento que se llevaba a cabo delante de él sucedía en secuencias borrosas. Cuando su padre y él habían entrado a la sala, todos los presentes habían hecho una reverencia con la cabeza. Hacía algunos años, Ezra le había contado a Emil que antes se exigía que los habitantes de Alariel se arrodillaran hasta el suelo en la presencia del monarca. Pero su madre, la reina Virian, había anulado esa norma, pues le parecía que con una sutil reverencia era más que suficiente.

Ah, cuánto la admiraba. Y cuánto la extrañaba.

Podía escuchar que su tío Zelos daba un discurso sobre lo que procedía tras la ausencia de más de cien días de la reina. Le molestaba un poco que hablara de ella sin emoción alguna, ¿era su hermana! Emil aún era incapaz de hablar de ella sin que se le hiciera un nudo en la garganta.

—... y, como lo dicta la ley impuesta por nuestros Grandes Ancestros, se debe iniciar el Proceso, que consta de tres fases. La primera es la Presentación, en la que se anunciará oficialmente al futuro rey de Alariel ante su nación, al igual que a su futura esposa, quien será su consorte...

Emil conocía esa información de memoria. La primera fase duraba solo un día, que era precisamente ese. La segunda fase era la Preparación, en la que el futuro rey y su futura esposa debían convivir, conocerse y prepararse para lo que venía. Esta fase duraba seis meses. Después venía la Coronación, que era precedida por la boda real. Esta tercera fase duraba una semana y era festiva en toda la nación.

—Debido a la temprana edad del príncipe Emil, no existía un compromiso de matrimonio antes de que comenzara el Proceso, así que los seis meses de la Preparación serán utilizados para que el príncipe conviva con tres doncellas, todas ellas prestigiosas solaris, y se comprometa con una para poder proceder a la etapa de la Coronación.

Emil quería que su tío se callara. Ni siquiera era capaz de mirar a sus amigos, que se encontraban sentadas junto a sus familias. Le molestaba toda la situación. Era absurdo que tuviera que casarse para ser rey. Era estúpido. Cerró los ojos durante unos segundos

para calmarse y, al abrirlos, observó todo lo que lo rodeaba en esos momentos.

Estaba sentado al centro de la Sala de Helios, en donde había tres tronos. El de su madre al centro, el de su padre a la izquierda, y el suyo a la derecha, aunque pronto pasaría a ser el del centro. Su padre se encontraba sentado con la espalda totalmente recta, mirando atento a Zelos, que estaba de pie sobre el pedestal de los tronos.

La Sala de Helios era uno de los salones más grandes y ostentosos de todo el castillo. Empezando por la altura de los muros, que medían cinco pisos enteros. Era completamente redondo, y las paredes estaban compuestas casi en su totalidad por enormes ventanales que ilustraban la historia de Alariel; el techo era una especie de cúpula que al centro tenía un tragaluz circular por el que los rayos del sol pasaban e iluminaban todo.

Seguía intentando esquivar las miradas de sus amigas, así que optó por observar a todos los presentes, que lo veían de vuelta con interés. ¿Lo estarían juzgando en esos momentos? Después de todo, Emil iba a ser el primer rey después de cinco generaciones de reinas. En Alariel no importaba si el heredero al trono era hombre o mujer, siempre era el primogénito o primogénita quien lo asumía. Y Emil era el único hijo legítimo del matrimonio de la reina Virian con su consorte, el rey Arthas.

Su tío Zelos habló por lo que parecieron mil años más y luego llamó a las tres chicas al frente, pues iban a ser presentadas justo después de Emil.

—Así que, con la presencia de los representantes de todas las grandes casas de Alariel, así como la de los miembros del Consejo, quiero presentarles formalmente a su futuro y legítimo soberano, Emil Solerian.

Emil se puso de pie y trató de ostentar todo el porte que sus padres siempre lucían con tanta naturalidad. Vio cómo todos los presentes hacían una reverencia con su cabeza y después, al fin, posó sus ojos sobre sus tres amigas, quienes ahora estaban justo frente a él.

Mila, con su semblante tranquilo de siempre.

Elyon, quien se veía inquieta, pero trataba de ocultarlo.

Gianna, que lucía como la elegancia personificada.

Y Emil lo supo con certeza. No podía obligarlas a hacer esto. Las adoraba y no iba a permitir que fueran privadas de sus vidas para cumplir con una ley arcaica y sin sentido. No sabía cómo, pero tenía seis meses para evitar la boda. La Coronación se realizaría, sí. Pero bajo sus propias condiciones.